
Comala o una lectura en el infierno

Comala * es un nombre, la contigüidad de los mundos, real y fantástico, limbo metafórico, donde el paraíso esperado se transforma en infierno sin abandono posible. El cielo y el infierno, antes que indagación de los teólogos, fue invención de los poetas. Juan Rulfo, en su peregrinar-novelar por el universo, sigue más a Dante que a Lautréamont. No es un desesperado, en busca de una solución (absolución) personal por su pecado de vivir, sino un autor que escribe desde la otredad del narrador. (Lautréamont vive su infierno; Rulfo lo hace vivir en otro, Juan Preciado, que acaso es él mismo).

Dante lleva como guía de su infierno a Virgilio; Preciado es conducido por Abundio, un mulero. Dante escribe al principio del canto primero: «No sabré decir fijamente cómo entré allí; tan adormecido estaba cuando abandoné el verdadero camino. Pero al llegar al pie de una cuesta, donde terminaba el valle que me había llenado de miedo el corazón, miré hacia arriba, y vi su cima revestida ya de los rayos del planeta que nos guía con seguridad por todos los senderos». Juan Preciado describe así su periplo en la primera página de la novela: «El camino subía y bajaba: sube o baja según se va o viene. Para el que va, sube; para el que viene, baja». Dante inicia su viaje al infierno «a la mitad del viaje de nuestra vida», edad que según sus comentaristas correspondía a los treinta y cinco años, considerado entonces término medio de la vida humana, edad de equilibrio, entre los extremos de la edad ligera y la decrepitud¹. Juan Rulfo publica *Pedro Páramo*, cuando tiene treinta y siete años de edad, en 1955.

El infierno, de «infernus», es lo de abajo, lo sub-real o el surrealismo. Escribía André Breton en su *Manifeste du surréalisme*²: «Vivir y dejar de vivir son soluciones imaginarias. La existencia está en otra parte», principio que rige en la novela de Juan Rulfo, pues la existencia real limita en la contigüidad del semiplano con la existencia imaginaria. (Digo existencia y no vida, porque en el limbo o en el infierno, la vida como ilusión y desesperanza no es posible.) Los seres existen en el juego de reglas ya sabidas; repiten sus actuaciones; no hay entusiasmo en su rostro, sino la precisión e inexpresividad de los mecanismos de relojería. (Vivir es una aventura, pero morir es un juego).

* Sobre la obra de Juan Rulfo: véase *Obras completas: El llano en llamas, Pedro Páramo*, otros textos. Prólogo y cronología de Jorge Rufinelli. Biblioteca Ayacucho, Ayacucho, 1979.

¹ Dante, según sus comentaristas, viajó al infierno el Viernes Santo del año 1300, recorriendo todos los círculos en veinticuatro horas. Su viaje total empezó la noche del Jueves Santo, y terminó el jueves siguiente de Pascua, día 14.

² ANDRÉ BRETON: *Manifeste du surréalisme*. Editions du Sagittaire, Simon Kra, París, 1924.

Juan Preciado va a Comala (el infierno) en busca de su padre. Busca una lógica de la vida —¿quién es?— y sólo encuentra una explicación de la muerte. (Antes de haber vivido ya te enseñan que tienes que morirte. El mundo es un valle de lágrimas, no un paraíso.) La descripción de Comala es tan dantesca como real: «Aquello está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren, al llegar al infierno regresan por su cobija». La simbología representa al infierno como el fuego que quema y no consume. Así los seres, despojados de la vida, en la existencia sin sentidos, en la desnudez de sus almas, arden eternamente. Nos estremece pensar en las penas del infierno a través de los sentidos. Pero el verdadero infierno sólo es experimentado por el alma: es la soledad, la incomunicación, el absurdo, la alienación. Los seres pasan mudos, ciegos, como sombras vestidas de nadería. «No, yo preguntaba por el pueblo que se ve tan solo, como si estuviera abandonado. Parece que no lo habita nadie». Juan Preciado comprueba que la vida tiene su lógica con la muerte, que a las preguntas de aquí, responden preguntas de allá, que vivir-morir es un rompecabezas revuelto y sin sentido. La realidad es un cuadro deshabitado, un mundo o su representación.

El mundo real y el fantástico limitan el uno con el otro, pero les separan distancias de eternidad; «lo único que quiero decirte ahora es que alcanzaré a tu madre en alguno de los caminos de la eternidad».

Juan Rulfo indaga en las fuerzas telúricas e inexplicables por la razón, en esos recovecos misteriosos adonde llegan las sinrazones de la magia o la religión, los argumentos para-anormales. El mundo no es nada razonable porque es movido por iluminaciones, corazonadas, sentidos, más que por razones. El azar y la necesidad se cruzan para parir argumentos que parecen inverosímiles.

Rulfo no emplea una técnica lineal en su narrativa, sino una técnica de composición de planos, partes de un rompecabezas, con piezas reales e imaginarias. Esas partes tienen una escritura de texto y una explicación, simbólica, en el contexto. Narrar, no sólo es contar, sino modernamente también, «mezclar», en una técnica de «collage» o de composición. Lo que convierte la lectura en un ejercicio difícil, y más si es heredada del surrealismo, a partir del cual, sueño y escritura se confunden y explican mutuamente. Narrar el sueño y poematizar la realidad abre nuevas perspectivas a la escritura. Ferdinand Alquie en su libro *Filosofía del surrealismo*³ escribe: «Por consiguiente, el surrealismo nos propone la esperanza de existir antes de cualquier desarrollo crítico, antes de cualquier reflexión sobre sí mismo, y proyecta la existencia a una especie de más allá de la vida natural, sin embargo inmanente a ella y no posterior, que parece manifestarse a quien quiera interpretar el mundo bajo el aspecto de lo maravilloso». Esta indagación intelectual a la cual llega Ferdinand Alquie encierra el resumen del surrealismo y también el contenido y perspectiva del realismo mágico. (Puede que la novela hispanoamericana sea la escritura en prosa de la poesía surrealista.)

El infierno es la sub-realidad, el mundo oscuro y misterioso que subyace bajo la

³ FERDINAND ALQUIE: *Philosophie du surréalisme*, Ernest Flammarion, París, 1965. Traducción de Benito Gómez en Barral Editores, Barcelona, 1974, pág. 15.

realidad. El paraíso es la súper-realidad, el mundo claro y mágico que se des-realiza y se convierte en imagen y aire, en ilusión. Esta disyunción aparece clara en la poesía «infernala», de Isidore Ducasse o en la búsqueda del paraíso de Vicente Aleixandre. Juan Rulfo juega con la ambigüedad al principio de su novela. El camino conduce al infierno (o al paraíso) y tiene diferente perspectiva, contraste, tan del gusto de un Gracian, para el que va o para el que viene: «El camino subía y bajaba, sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para el que viene, baja». El que va, el ilusionado elige el cielo. Es un niño ingenuo, un iluso. Busca la verdad con la pasión del joven inexperto. El que viene, ya es un desilusionado, se encuentra con la mentira —esa esfinge vestida de verdad— que imposibilita el camino. Proseguir el camino sería una tontería porque no hay tal camino; la esfinge es el final. (Al final de la ingenuidad está una razón tan vulgar como la vida venidera.) El joven Juan Preciado va hacia la vida sin saber el infierno (la mentira) que le espera. «Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo». Inicia su andadura con la naturalidad de los inexpertos, con esa ingenuidad que despierta el desconcierto de los cínicos, la ira de los malos. El joven es un soñador, mientras el viejo es un pellejo de maldades, experiencias, heridas y fracasos mal cosidos, cicatrices supurantes. El joven se lanza a la vida impulsivamente; no sabe de la coza o la garra que le esperan. Juan Preciado, al principio de su camino, confiesa: «Hasta ahora pronto que comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones». Juan Preciado viene de la inocencia, el paraíso; o de la ignorancia, el limbo. Ignora que camina hacia el infierno. (El hombre ignora cuándo es arrojado a la vida, al infierno.) Un día se encuentra «metido» en el camino, que no es tal, sino una escalera mecánica que sube y baja, como el camino de Pedro Páramo. (Andar la vida es una metáfora, pues la escalera lleva al viajero, aunque suba o baje corriendo los escalones.) Se ha explicado muchas veces, y nadie ha convencido todavía, porque un día los sueños se rasgan el vientre y la ilusión es pisoteada por una muchedumbre. Ser hombre se convierte en un ejercicio de brutalidad. Todo hombre fue un día Juan Preciado, ignorante o ingenuo, puesto al principio del camino, en busca de la verdad. Y ha caminado hacia el infierno: a su paso, las virtudes descubrían sus caretas cortesanías y parecían mujeres de conveniencia con sus sonrisas hipócritas. La fe, la esperanza, la prudencia, la ingenuidad, la justicia, la caridad, se travestían y convertían la vida en parodia y mueca. Las verdades eran mentiras que guiñaban el ojo, como advirtiéndolo del juego y de la trampa. Los maestros no se atrevían a mirar porque sus enseñanzas eran parodiadas como antiguallas. Hasta los padres o los mayores se tapaban los ojos para no responder a la pregunta de la inocencia.

Comala es el infierno. Y también el cementerio. El campomuerto de cruces y huesos, un mundo subterráneo de fosas y nichos, donde las almas viven una vida paralela, posible y complementaria. Realizan las pasiones que no pudieron llevar en vida, meditan en sus fracasos y enmiendan sus equivocaciones. Los sueños son ultrarrealidades de la tumba. (Enmendar la página a la propia vida es un deseo de mortales que se equivocan y se equivocarán de nuevo.) El hombre, pese a todo, a las enseñanzas y a la propia andadura, vive la vida sin experiencia. Tiene que elegir por reflejos, instintivamente, más que por razonamientos. Así el hombre es un ser de